

cias, se entregaron á los torpes manejos que los procesos de Lutzow y del mayor Tausch pusieron de manifiesto en su repugnante desnudez.

Hacia mil ochocientos noventa y siete, la situación de Alemania era bastante extraña. Su poder exterior no había disminuído, ni estaba amenazado. Con el alejamiento de los negocios del general Waulderssce, á quien se reprochaban sus tendencias rusóforas, se habían suavizado un tanto las asperezas entre los gabinetes de Berlín y San Petersburgo; Austria é Italia permanecían fieles; Francia parecía desengañada, é Inglaterra daba pruebas de docilidad. Los presupuestos se saldaban con *superavit*, y el ministerio podía retirar los proyectos de nuevos impuestos indirectos, rechazados obstinadamente por el *Reichstag*. El veinte de Junio de mil ochocientos noventa y cinco, Guillermo II había inaugurado solemnemente el canal del mar del Norte al Báltico, acompañándole casi todos los soberanos alemanes y yendo escoltado por las flotas europeas, sin que faltasen en el cortejo triunfal los buques franceses. Su resonante telegrama al presidente Krüger, felicitándole por la victoria alcanzada por los boers sobre los ingleses en Krügersdorf, entusiasmó al pueblo germánico y detuvo por un instante la invasión británica en el Transvaal. Votando el parlamento el código civil del imperio y el de comercio, sancionó la unidad política con la germánica. En fin, el tratado concluído con China en mil ochocientos ochenta y ocho, concediendo á Alemania una especie de protectorado sobre el Chan-Tung y el arrendamiento durante noventa años de la bahía de Kiao-Tehu y territorios limítrofes, iba á abrir al comercio germánico fuentes inagotables de pingües beneficios. Pues bien, en medio de tanta grandeza, los espíritus experimentaban cierta inquietud y malestar, á causa de las sombras que divisaban en el horizonte y de las querrelas cada vez más enconadas de los partidos.

En las elecciones de mil ochocientos noventa y ocho, los liberales hicieron tristísimo papel, debiendo casi todos su reelección á la desdeñosa benevolencia del gobierno. No se ocultó que su timidez desalentaba á los electores; mas no obstante esta convicción, votaron una reforma del código militar, que estimaban muy deficiente, y después de algunos repulgos, asintieron á un aumento del contingente militar, con que el emperador respondía á la conferencia de la paz convocada por Rusia. A la larga, sin embargo, el pueblo se impacientó. La ley llamada de establecimientos correccionales, que infligía penas draconianas á los obreros que se coaligasen, no suscitó protestas sino entre los socialistas; pero la ley Heine hubo de provocar las de todas las clases instruídas. So color, en efecto, de levantar la moralidad pública, esta última ley sometía todas las producciones de la literatura y del arte á una censura más ó menos franca. Las reacciones católica y protestante, sumando sus esfuerzos, amenazaban otra vez de muerte las tradiciones más caras del pensamiento germánico, y otra vez los liberales, á pesar de su abatimiento, consiguieron rechazar el asalto. Los hombres más ilustres de la literatura, la filosofía

y la ciencia formaron la liga denominada de Goethe; los socialistas se declararon defensores de la libertad de discusión, cimienta de la grandeza de la patria, y el gobierno tuvo que retirar el proyecto en Abril de mil novecientos. Otro, cuyo objetivo era el aumento de la flota, no mereció mejor acogida. En la dieta de Prusia, no soplaban vientos más bonancibles para los ministros. Guillermo II estaba encariñado con la idea de construir un canal que pusiese en comunicación el Rhin con el Elba y, por lo tanto, las provincias occidentales y orientales del imperio. Los conservadores, amagados al par en sus bolsillos y en sus doctrinas, interpretaron la actitud enigmática del presidente del Consejo, Miquel, que apoyó flojamente la proposición del gobierno, haciéndoles suponer que la voluntad del emperador no era tan firme como se decía. En su virtud, se decidieron á desechar el proyecto. La prensa dijo que aquello había sido un Jena parlamentario.

Al finalizar el siglo décimo-noveno, la situación de Alemania ofrece muchos puntos oscuros. Los progresistas derrotan al gobierno en el *Reichstag*; los conservadores le tienen en jaque en el *Landtag* prusiano. El país anda á tientas en la sombra, y teme caer, por sorpresa, en manos de una camarilla militar y feudal. De esto, sin embargo, á hablar de decadencia ó de impotencia, como algunos hacen, hay inmensa distancia. La unidad germánica está fundada definitivamente; porque es la resultante de seculares esfuerzos y de una voluntad perseverante; porque arraiga en el pasado; porque la han sancionado brillantísimas victorias; porque Alemania le debe los dos bienes que más codician los pueblos, el poder y la riqueza. Bajo los partidos que se agitan, está la gran masa nacional. ¿Cuáles son sus sentimientos? La liga pangermanista ejerce poca acción sobre ella; pero la liga de la paz influye todavía menos. Guillermo I y Bismarck han legado á su patria un programa: es el de conservar lo adquirido. En estos límites, cualquier gobierno puede contar con el apoyo del pueblo. Si llegase el momento de desnudar la espada otra vez, Alemania entera respondería. La existencia de una paz cuya larga duración casi carece de precedentes en Europa, ha calmado la excitabilidad nerviosa de la opinión; no obstante, el porvenir es incierto, y las únicas garantías que hay de que la paz continúe, consisten, de una parte, en el convencimiento que se tiene de la resistencia encarnizada que encontraría cualquier agresión, y, por otra, en la conciencia del emperador, que no se sale nunca de lo que entiende que es su deber. De aquí el interés con que se sigue en Europa la evolución de la política interior alemana, puesto que las democracias industriales modernas temen más, á medida que se robustecen, las complicaciones internacionales. Los partidos políticos alemanes se dividen hoy en cuatro grupos principales. El uno es la derecha protestante (conservadores, partido del Imperio, liga agraria, anti-semitas); cuenta con unos cien votos en el *Reichstag* y recluta sus adeptos especialmente en las provincias orientales de Prusia, en el Mecklemburgo y en Sajonia; tiene por órganos en la prensa la *GACETA de la Cruz*, que lleva la voz de sus

elementos más retrógrados, y *El Correo*, que representa las tendencias más moderadas, y domina en el *Landtag* casi sin contrapeso. El segundo es la derecha católica ó Centro, que, sostenido por los polacos y la mayoría de los alsacianos, es, desde hace veinte años, árbitro del parlamento alemán; sus fieles están en Baviera, en Westfalia y, sobre todo, en las regiones rhinianas; su periódico, *La Germania*, goza de innegable autoridad. Componen el tercer grupo los liberales, desde los nacionales, dóciles á los deseos del gobierno, hasta los demócratas-alemanes, que casi se dan la mano con los socialistas; disponen también de un centenar de votos en el *Reichstag*, pero su influencia es escasa, tanto en el país como en el poder; divididos en cinco ó seis fracciones, el cuerpo electoral los mira cada vez con más desvío. Las pérdidas de los liberales van á enriquecer á los socialistas, cuarta y última agrupación importante, de cuyos progresos hablaremos en otro capítulo.

La grandeza de Alemania no basta á ahogar la protesta de los vencidos, que arrastra tras su carro triunfal. En este punto, la fuerza le ha asegurado la posesión de los territorios; mas no ha podido darle el dominio de las almas. Por medio de sutiles combinaciones, ha reducido á no tener sino un representante en el parlamento á los dinamarqueses del Sleswig; pero los ciento cincuenta mil habitantes de origen escandinavo del ducado, rechazan hoy, como el primer día, la ley que los ha declarado prusianos contra su voluntad. Ha proscrito al polaco del templo y de la escuela, y poblado con sus colonos, aprovechándose de la prodigalidad de la aristocracia eslava, el ducado de Posen; mas no ha conseguido con todo ello sino envenenar los odios, sin establecer más sólidamente su dominación. En la Alsacia-Lorena, la resistencia ha sido mayor aún. Cuando en mil ochocientos setenta y dos sus habitantes optaron, en gran número, por la nacionalidad francesa, los vencedores extremaron su rigor. La ley que establece la dictadura había fijado su término, y aunque los alsacianos, en las elecciones de mil ochocientos setenta y cuatro, dieron sus votos á candidatos partidarios de la protesta, Bismarck les concedió una apariencia de constitución. Formóse entonces el grupo de los *autonomistas*, compuesto de excépticos, desengañados y necesitados. El gobierno le prestó su apoyo, abriendo campo á su influencia en los Consejos generales y en el *comité regional*. Los autonomistas hicieron bastantes prosélitos. El canciller, creyendo, ó fingiendo creer, ganada la partida, amplió los poderes del comité regional, disponiendo que en lo sucesivo rigiese el país un lugarteniente del emperador, auxiliado de un secretario de Estado. Manteuffel, el primer lugarteniente, gobernó con moderación y prudencia; su sucesor, el príncipe de Hohenlohe, volvió al imperio de la fuerza. En mil ochocientos ochenta y siete, cuando se creyó próxima la guerra, los alsacianos demostraron la repugnancia que seguía inspirándoles la dominación germánica, dando el triunfo en las elecciones de Febrero á los candidatos de la protesta, y cuenta que aquellas elecciones tenían en cierto modo carácter plebiscitario, que les diera el propio Hohenlohe, diciendo á sus adminis-

trados: «Si enviáis al *Reichstag* partidarios de la protesta, culpáos á vosotros mismos si la inquietud general no se calma». Los alemanes descargaron sus iras sobre las infortunadas provincias, que fueron víctimas de vejaciones y arbitrariedades sinnúmero. La ley municipal de diez y seis de Febrero de mil ochocientos ochenta y siete, autorizó al gobierno á nombrar alcaldes en los pueblos recalcitrantes, que estos debían pagar de sus fondos; se expulsó del territorio con frívolos pretextos á multitud de alsacianos, naturalizados franceses; prohibióse la estancia en Alsacia á cuantos directa ó indirectamente tuviesen alguna conexión con el ejército francés; hombres que no habían cometido más crimen que el de no renegar de su amor á Francia, expiaron sus nobles sentimientos con largos meses de prisión; en fin, en mil ochocientos ochenta y ocho, se exigió ir provisto de un pasaporte visado en la embajada alemana para entrar en el *Reichsland*. Con la caída de Bismarck, se derogaron las más odiosas y molestas de estas disposiciones restrictivas. Los alsacianos, por su parte, parecieron más conformes con su suerte. Es seguro, sin embargo, que si se les consultase libremente, optarían por su antigua patria. El ejemplo que han dado es consolador, por encarnar la viril protesta de la justicia y el derecho contra la fuerza triunfante.

En Francia, Carnot encargó de formar ministerio á su amigo Tirard, que eligió los ministros de entre distintas fracciones, siendo su programa de «concordia ó inteligencia republicana». No tardó en formarse, en torno del general Boulanger, un partido de oposición cesarista. En las elecciones complementarias de veintiséis de Febrero de mil ochocientos ochenta y ocho, gran número de electores dieron sus sufragios al general en cuatro departamentos. Boulanger no era elegible; pero el efecto que se perseguía no dejó de producirse. El gobierno declaró á Boulanger en situación de no actividad, por sus faltas contra la disciplina, consistentes en haber hecho tres viajes á París sin autorización del ministro de la Guerra, con la agravante de haber ido, en dos de ellos, disfrazado. El comité que se había creado para apoyar la candidatura del general en los comicios, tomó el nombre de *Comité republicano de protesta nacional*. Boulanger no era aún elegible, á pesar de lo cual, en otras elecciones parciales que se verificaron el veinticinco de Marzo, reunió cuarenta y cinco mil votos. Aquel mismo día, los electores de Marsella votaban á Félix Pyat; es decir, que mientras en el Norte asomaba el fantasma del cesarismo, levantábase en el Sur el espectro de la anarquía. Habiéndose formado sumaria á Boulanger por nuevas faltas contra la disciplina, fué dado de baja en el cuadro de generales del ejército francés. El agitador, siendo ya elegible, siguió la táctica de presentarse candidato en todas las elecciones parciales, en los departamentos donde la extrema izquierda y la derecha eran bastante fuertes para poder esperar el triunfo. Resumía su programa en tres palabras: «Disolución, revisión, Constituyente», y el plan que se trazara, ó que más bien aceptara, consistía en una Cámara única y un presidente nombrado

por sufragio universal directo, que habría tenido en sus manos el ejército y la administración pública. El partido radical volvió la espalda á Boulanger, sin abandonar la bandera de la revisión. Tirard, derrotado en la Cámara de diputados, cedió su puesto á Floquet.

Los enemigos de la república se lanzaron francamente á la lucha, dando el conde de París un manifiesto en que pedía la disolución y la revisión para establecer por sufragio universal la monarquía democrática. Todos los partidos hostiles á las instituciones vigentes, el imperialista, el realista, el revisionista, eran ya plebiscitarios. Boulanger y sus parciales hablaban de fundar una «república para todos». Los monárquicos secundaron con su «acción paralela» la campaña revisionista, y merced á sus esfuerzos fué elegido diputado Boulanger, el cual debía ser, en concepto de sus auxiliares, quien «abriese el portillo». El inquieto general pidió en el parlamento la urgencia de la revisión constitucional; la mayoría desechó su moción. Renunciando entonces á influir en las Cámaras, se dedicó Boulanger á agitar la opinión á fin de prepararla para cuando llegasen las elecciones generales de mil ochocientos ochenta y nueve, y queriendo realzar su nombre con el prestigio de una especie de plebiscito, siguió presentándose candidato en todas las elecciones parciales. Los departamentos republicanos del Mediodía y del Este le negaron sus votos; pero los conservadores y los muy divididos le eligieron por numerosas mayorías. Agentes electorales del general recorrían el país, peroraban en las reuniones públicas, cubrían de carteles las fachadas de las casas, repartían con profusión retratos y biografías de Boulanger. Más adelante, se supo que el mucho dinero gastado en esta propaganda lo facilitaron principalmente los realistas, la duquesa de Uzés y el conde de París.

Habiéndose producido una vacante en el departamento del Sena, Boulanger solicitó los sufragios de los electores, triunfando por doscientos cuarenta y dos mil votos de los conservadores y radicales, contra ciento sesenta y cinco mil, que reunió el candidato de los republicanos coaligados. Se creyó que aquella misma tarde iba á marchar sobre el Eliseo y á derribar al gobierno: sabíase que las fuerzas de policía (guardias de paz, guardias republicanos) simpatizaban con el supuesto futuro dictador. El general Boulanger, sin embargo, no intentó dar el golpe de Estado que se temía: confiaba en el resultado de las próximas elecciones generales. El secreto de su fuerza estribaba en el escrutinio por lista, que permitía votar juntos á radicales y conservadores; pero el gobierno, decidido á arrebatárle esta arma, presentó un proyecto de ley reemplazando dicho escrutinio por el uninominal. Elevado á ley este proyecto el doce de Febrero de mil ochocientos ochenta y nueve, se completó en el mes de Junio con otra medida, que prohibía las candidaturas múltiples. A los dos días de aprobarse esta medida, Floquet, derrotado por una coalición parlamentaria, entregó su dimisión al presidente de la República, sucediéndole su

predecesor Tirard, que formó un gabinete de concentración en que preponderaban los republicanos moderados. Acusado el general Boulanger de conspirar contra la seguridad del Estado ante la Alta Cámara constituida en tribunal, huyó de Francia. Cuéntase que Constans, ministro de lo Interior á la sazón, pronunció las siguientes palabras, al saber la fuga del general: «Todo ha concluído; la partida está ganada; no queda ya sino llenar las formalidades.» En las elecciones generales verificadas el veintidós de Septiembre de mil ochocientos ochenta y nueve, libróse la batalla entre los republicanos sinceros y la coalición de monárquicos, católicos y revisionistas, protegidos por el clero. Los revisionistas pedían «una república nacional»; el clero atacaba las leyes escolares, la ley militar y la misma república. Los partidarios de las instituciones vigentes triunfaron por gran mayoría, componiéndose la nueva Cámara de diputados de trescientos sesenta y seis republicanos, ciento setenta y dos conservadores y treinta y ocho revisionistas. A consecuencia de la derrota que habían sufrido, rompióse la coalición entre los enemigos de la república, y pudo darse por terminada la crisis boulangierista. El famoso general no volvió á Francia, suicidándose el treinta de Septiembre de mil ochocientos noventa y uno, en el cementerio de Ixelles, sobre la tumba de la señora de Bonnemains. Este fin novelesco sorprendió únicamente á los que ignoraban la vida privada de Boulanger; en ella, como en la pública, el pretendido émulo de Napoleón había dado pruebas de su desequilibrio moral é intelectual.

El único acto importante de la Asamblea elegida en mil ochocientos ochenta y nueve fué la votación de las tarifas de aduanas de mil ochocientos noventa y dos. En el intervalo, había habido una crisis ministerial, ocupando Loubet la presidencia del gabinete. Se había introducido en Francia, en mil ochocientos sesenta, el sistema de los tratados de comercio, con el que los pueblos iban acercándose gradualmente al libre cambio. En mil ochocientos setenta y uno, sin embargo, Bismarck, para impedir á Francia romper sus relaciones mercantiles con Alemania, incluyó en el tratado de Francfort una cláusula, en cuya virtud los dos Estados se comprometían á aplicarse recíprocamente las tarifas concedidas á la nación más favorecida. Los productores franceses se quejaron de la concurrencia alemana, calificando el tratado de Francfort de «Sedan industrial». Los grandes fabricantes de tejidos de lana y algodón de los Vosgos, del Norte y del Sena-Inferior, emprendieron en los periódicos una cruzada proteccionista, arrastrando consigo á casi todos los diputados de las comarcas agrícolas, que pedían protección para los cereales y el ganado. La mayor parte de los tratados de comercio celebrados por Francia expiraban hacia mil ochocientos noventa. El parlamento se negó á renovarlos, adoptando el régimen de la «tarifa autónoma», que deja á cada país en libertad de subir ó bajar los derechos sobre cada artículo, manteniendo á los importadores en perenne incertidumbre. La ley de mil ochocientos noventa y dos, llamada de Meline, por ser este el nombre de su